

JAVIER
PÉREZ CAMPOS

ESTÁN AQUÍ.
SON

LOS OTROS

Nos acompañan. Nos guían.
Nos observan.

Cada día, cientos de personas viven un encuentro sobrenatural. De hecho, es posible que esté ocurriendo ahora mismo, cerca de ti. Sombras que atraviesan pasillos solitarios, figuras que se desvanecen a los pies de la cama o presencias que llegan para transmitir un mensaje.

Durante diez años, Javier Pérez Campos ha recogido casos de propia voz de los testigos, ha visitado ciudades, parajes solitarios y casas en España, la vieja Europa o Japón, e incluso ha pernoctado en los lugares donde se han producido este tipo de apariciones en busca de respuestas.

Una investigación novedosa y rotunda sobre el fenómeno que se sumerge también en el arte, la arqueología y el lado más desconocido de los fantasmas.

Las conclusiones de esta apasionante aventura, repleta de imágenes y documentación inédita, son escalofriantes y luminosas a partes iguales.

A Celia, una de mis pocas certezas.
17-09-2016

Hay ciertas cosas que los vinculan a un lugar.
Igual que nos ocurre a nosotros. Algunos
permanecen atados a una porción de terreno. A
un momento y una fecha. A un derramamiento
de sangre. A un crimen terrible. Pero hay otros...
Otros que se aferran a una emoción: un impulso,
una pérdida, una venganza o un amor. Y esos...
Esos nunca se van.

GUILLERMO DEL TORO, *La cumbre escarlata*.

PRÓLOGO, por Carmen Porter

Entusiasmo y constancia

Son las dos cualidades que vi en un niño de catorce años que se acercaba a Iker y a mí cuando firmábamos nuestras obras en la Feria del Libro.

Un chico interesado en el periodismo del misterio que se leía todo lo que caía en sus manos, nos escuchaba a través de la radio y se mostraba como un fan incondicional de Milenio 3. Y así nos lo demostraba, haciendo que sus sufridos padres le llevaran a ver a unos «locos» tan entusiastas como él que contaban todo tipo de historias extraordinarias.

Un día, con pudor pero sin temblarle la voz, nos comentó que algo estaba ocurriendo en un hospital abandonado de su ciudad natal y nos propuso hacer de cicerone si estábamos interesados. Pronto vimos que aquel muchacho no cesaría en su empeño por investigar, sacar a la luz historias que dormían el sueño de los justos en las hemerotecas e incluso lanzarse a la carretera para buscar aquellos testimonios que otros recopilaban desde sus asientos frente al ordenador.

Durante un tiempo no vimos a este joven muchacho, pero sabíamos que seguía nuestros pasos como el primer día; sus estudios de periodismo, con sus más y sus menos, el escaso tiempo que tanto Iker como yo teníamos y tal vez el destino hicieron que no mantuviéramos un contacto constante.

Pero de nuevo la «casualidad» hizo que cuando los más negros augurios se apelotonaban en la mente del chico nos lo encontráramos en pleno centro de Madrid.

Aquel niño había crecido. Estaba a punto de convertirse en un colega periodista y aunque el entusiasmo ese día se había escondido tras extraños nubarrones, enseguida comenzó a salir como lo hace el sol después de una tormenta.

Desde ese encuentro «fortuito» nuestros caminos en el mundo del misterio se juntaron y hasta el día de hoy no se han vuelto a separar.

He visto con orgullo cómo ese niño entusiasta se convertía en un magnífico reportero, en un compañero de aventuras y desventuras como podrán comprobar en la obra que tienen entre sus manos. En un periodista que demuestra con letras mayúsculas lo que significa nuestra profesión.

Querido amigo, como un día te escribí en una dedicatoria: «Los sueños se cumplen, así que sigue soñando». Tú ya has cumplido el que tenías de niño. Ahora te quedan muchos más por hacer realidad.

CARMEN PORTER

INTRODUCCIÓN

El verano, eterno como solo pueden serlo los meses estivales de la infancia, agonizaba por fin con temperaturas que aún rozaban los cuarenta grados.

Faltaban pocas semanas para volver al colegio, y un niño de nueve años forraba ilusionado sus libros recién comprados en la pequeña salita situada al final del pasillo.

Las aspas del ventilador zumbaban a través de la rejilla oxidada, levantando las hojas del libro con un aire tan caliente que parecía pegarse al cuerpo.

A aquella improvisada banda sonora se sumaban el sonido de las tijeras cortando irregularmente el forro transparente y el inquieto traqueteo de la silla que el niño movía compulsivamente con su pierna, como uno de esos gestos adquiridos de su padre.

En el ambiente, el olor a libro recién salido de imprenta se fundía con el de un incendio lejano que había calcinado varios kilómetros de bosque manchego. Las cenizas del rastrojo amarillo, ahora calcinado, llegaban a la ciudad y entraban por los balcones guiadas por el viento ardiente. De vez en cuando aún surgía el sonido de algún helicóptero de bomberos con la panza llena de agua, presto para sofocar las ascuas que pudieran volver a avivar el fuego.

Dentro del dúplex, el niño seguía con su labor de forma casi mecánica, luchando contra el celofán que parecía revolverse como si tuviera vida propia, con los dedos llenos

de pegamento y rellenando etiquetas con su nombre y apellidos:

Javier Pérez Campos
4.º Primaria. Clase C

Aquel niño era yo.

Para cuando terminé de rellenar la última etiqueta, el reloj marcaba las siete de la tarde. Hacía una hora, mis padres habían bajado al portal para hacer acto de presencia en una rutinaria reunión de vecinos donde iba a votarse al nuevo presidente y aún no habían vuelto.

Empecé a amontonar los cuadernos cuando escuché el sonido de unos pasos bajando por las escaleras que quedaban frente a la sala donde me encontraba poniendo mis libros al día. Era mi hermano, dos años mayor que yo, poniéndose a punto para ir al cine junto a sus amigos. Así que, al bajar giró hacia la derecha y se metió en el cuarto de baño dispuesto a peinarse. Solo dispuesto, porque entonces ocurrió algo que rompió la monotonía que inundaba cada uno de nuestros actos...

De pronto observé algo que se movía cerca de la pared de la escalinata. Algo que descendía lentamente.

Si mi hermano está en el baño, y mis padres en el portal..., ¿quién baja por la escalera?, pensé segundos después...

Entonces vi una sombra densa, sin rasgos definidos, que caminaba decidida peldaño a peldaño. Mi hermano también vio aquel bulto reflejado a través del espejo.

Sin pensarlo un minuto, invadidos por un miedo irrefrenable, ambos corrimos hasta el portal, donde el grupo de adultos reunidos nos observó con gran desconcierto.

Desde ese día me he preguntado muchas veces qué vi dentro de mi propia casa. Objetivamente, para mí, era una sombra con forma humana que descendía escaleras abajo.

Para los adultos, sin embargo, era una alucinación propia de aquellos niños de imaginación desbocada.

Pasó el tiempo y los niños aceptaron la visión del adulto. Pero conforme he ido creciendo he vuelto a dudar de aquello. ¿Qué sentido tenía una alucinación a plena luz del día, sin ningún elemento sugestivo en aquel ambiente?

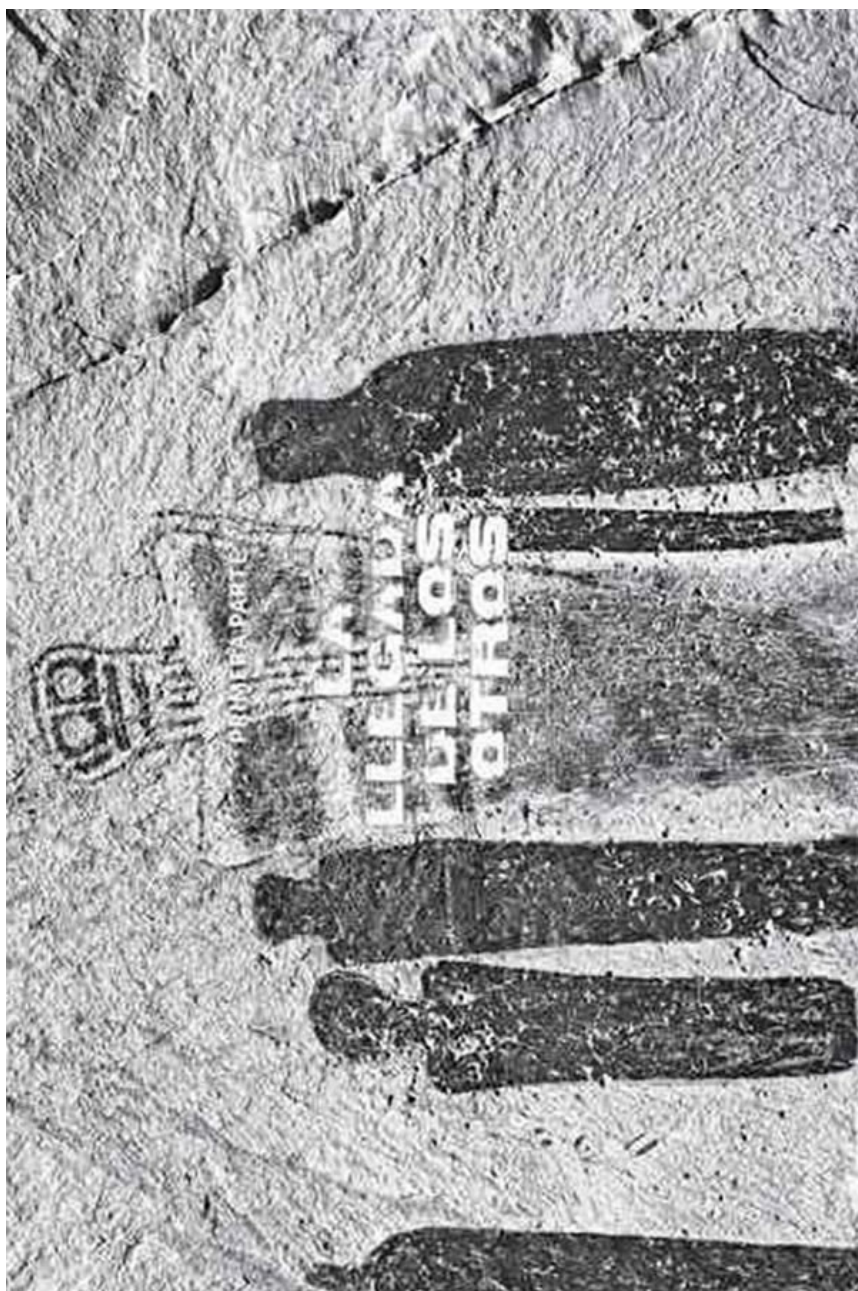
Para mi sorpresa, a lo largo de más de diez años investigando este tipo de fenómenos he descubierto que esa figura, casi como un arquetipo, ha aparecido en cientos de casos más. En viviendas particulares, en hoteles, en caminos rurales, en montañas sagradas, en ruinas, en teatros... Da igual el entorno y da igual el esquema de creencias del testigo; lo cierto es que parece que convivimos con una realidad invisible que en ocasiones (casi siempre las más inesperadas y cotidianas) hace acto de presencia. Como una vieja película en la que se funden dos escenas ante el desconcierto del espectador.

Pero ¿desde cuándo datan estas visiones? ¿Existen representaciones antiguas de este tipo de visitas? ¿Tienen que ver con los seres fallecidos o se trata de algo mucho más remoto y ancestral que, quizá, lleva en este mundo mucho más tiempo que nosotros?

He de confesar que en estos años de búsqueda con mi curiosidad por bandera siempre surgía la cara más racional para afrontar estos enigmas. Hasta que me di cuenta de que quizá lo racional no sirva para hacer frente a esta otra realidad, porque, en el fondo, el método analítico-científico que ha creado el hombre es incapaz de estudiar una realidad que nos trasciende.

Por tanto, este es un viaje alejado de prejuicios; una aventura a través del arte, los testimonios, las vivencias y los paisajes. Una búsqueda auténtica hacia lo hondo que invite a sentir y hacerse preguntas.

Y quién sabe, quizá de paso hallemos alguna respuesta.



1

LA CUEVA DE LOS RETORNADOS

No sería fácil creer que los cuerpos de los muertos abandonasen sus tumbas, vagasen por ahí llevando el terror y la destrucción a los vivos y volvieran de nuevo a ellas, si no fuera porque hay ejemplos ocurridos en nuestra propia época que bastan para acreditar ese hecho, acerca de cuya veracidad existen abundantes testimonios.

WILLIAM OF NEWBURGH,
Historia Rerum Anglicarum (s.XII)

¿Quién es el siguiente?

La voz de Roberto Ontañón, director de Cuevas de Cantabria, surgió desde la oscuridad más absoluta que se abría a través de un pequeño agujero horadado en la roca. Un hueco de tan pequeñas dimensiones que la mera labor de imaginar el acceso se me antojaba imposible.

Me encontraba en la localidad cántabra de Piélagos, donde en 2003 se produjo un hallazgo tan increíble que haría tambalear los cimientos de la antropología.

El paraje natural, plagado de helechos, eucaliptos, castaños y robles, hace imposible al forastero encontrar la pequeña abertura en la que, durante siglos, se escondieron los restos de trece individuos que aterrorizaron a la sociedad de su época...

El arqueólogo José Ángel del Hierro, que conocía la cueva a la perfección tras años de estudio, me apartó y se deslizó por la estrecha oquedad con pasmosa agilidad.

Al mirar atrás descubrí que ya no quedaba nadie fuera; solo faltaba yo. Recordé entonces las pautas que Roberto me había dado para el acceso...

Me senté en la tierra húmeda e introduje las piernas por el estrecho orificio. Entonces me tumbé, estiré mis extremidades, clavé las botas en el suelo embarrado y, recogiendo las piernas de nuevo, fui reptando bocarriba hacia las profundidades...

El acceso a la cueva de Las Penas era aún más estrecho de lo que pensaba; tanto que casi podía tocar el techo de piedra con la nariz. A los pocos segundos de adentrarme

por el angosto túnel, la oscuridad se hizo absoluta. La pequeña zanja habilitada como acceso siglos atrás no dejaba entrar la luz del sol. En aquel espacio la temperatura descendía varios grados, la humedad aumentaba bruscamente y el cuerpo notaba el contraste de inmediato, así que empecé a respirar más profundamente.

—*¡Parad!* —gritó José Ángel.

De manera casi automática dejé de reptar por la rampa que parecía descender hasta el Hades. De alguna forma, lo era.

—*Huele a heces de animal.*

Aquello me dejó helado. Solo unos minutos atrás los arqueólogos me habían contado varias anécdotas de compañeros ingresados en el hospital por el ataque de un tejón. Recordé literalmente las palabras de José Ángel: «Un animal muy simpático, hasta que te encuentras con sus zarpas cuando estás casi encajado en el conducto de descenso... Te puede dejar el rostro irreconocible». Yo había sonreído con fingida mueca, creyendo que se trataba de alguna broma interna para asustar al novato de turno. Pero el tono de voz de Roberto no sonaba a broma, y un silencio sepulcral se adueñó del enclave.

Si había algún animal no debíamos hacer ningún ruido. Esa era la única orden ante la remota posibilidad de que sucediera lo que parecía estar ocurriendo en ese momento.

Escuché cómo, unos metros más abajo, los arqueólogos chequeaban el escenario con la tenue luz de los fotóforos que se clavaban en sus frentes. El silencio iba densificándose por momentos.

Permanecí inmóvil durante varios minutos, hasta que la voz de Roberto se abrió paso por el estrecho canal.

—*Parece que no hay peligro, podéis seguir bajando.*

Respiré aliviado y continué reptando. Noté entonces, en medio de aquella oscuridad, que algo se introducía a través de mi camisa. Supuse que debía de tratarse de tierra seca. Pero era algo ligeramente punzante; una sensación similar al roce de una hoja seca de pequeñas dimensiones. Y ya no la sentía solo en la espalda; también a través del pantalón e, incluso, dentro de las botas. Con el reptar propio del descenso mi ropa se había ido nutriendo de unos elementos tan pequeños como molestos que, al menos, parecían inertes.

La bajada parecía interminable, así que decidí encender la pequeña linterna que llevaba en mi cabeza. Al hacerlo, la roca reflejó primero la luz, causando un ligero destello cegador en aquella densa oscuridad. Cuando mi vista empezó a acostumbrarse, pensé que aún seguía observando pequeñas estrellas negras en medio de la piedra, un efecto propio del fogonazo. Así que los cerré de nuevo con fuerza, pero al volver a abrirlos aquellos puntos negros seguían inundando la roca, a escasos centímetros de mi cara.

No podía creerlo... Se trataba de arañas. Cientos de arañas negras de pequeñas y afiladas patas; algunas en posición de defensa y otras acercándose curiosas, lentamente, hacia la luz. Era como haber entrado en un nido de arácnidos. Cuando intenté sacar de mi camisa uno de esos elementos desconocidos que me causaban tanta molestia, descubrí que se trataba de pequeñas arañas muertas.

Aunque hasta entonces nunca había padecido claustrofobia, en ese momento la oquedad se me hizo más estrecha y empecé a sentirme como intuyo que lo haría un enterrado en vida. La plena conciencia de no poder erguirme para caminar de manera natural y el hecho de tener la nariz casi pegada a una pared plagada de arañas empezaba a generarme una angustiosa impotencia.

Mantuve el tipo lo mejor que pude hasta terminar el descenso, donde al fin se abría un espacio que me permitió sentarme en el suelo. Seguí la maniobra que me habían ex-

plicado: primero me puse de rodillas, pasé bajo una pequeña gatera y, al fin, volví a ponerme de pie.

Me encontré entonces frente a un corredor con unas piedras diseminadas por el suelo.

Acababa de penetrar en la guarida de los *revenants*: los primeros muertos incómodos de la historia, condenados a lo más profundo de una cueva para evitar su regreso.

La sala de los cráneos

Durante largos minutos caminamos hacia las entrañas de la cueva para entender el proceso del extraño rito que aún mantenía en vilo a los historiadores.

—Cuando empezamos a excavar esta cueva —comenzó a contar el arqueólogo José Ángel Hierro— hallamos restos humanos por toda la zona sepulcral. Pero en este lugar en concreto encontramos los que estaban en conexión anatómica. Recuerdo que había uno en decúbito lateral ahí, junto a un hacha.

—Lo extraño, supongo, es hallar enterramientos dentro de una cueva en esa época —aventuré.

—Así es. Estamos hablando de los siglos VII y VIII.

Recordé lo complicado que había sido entrar allí. ¿Cómo hacerlo, además, arrastrando trece cadáveres y, siendo muy optimista, con la única iluminación de un improvisado fuego? Este detalle aparecía incluso referenciado en algunos estudios académicos sobre el hallazgo: «Se trata de una parte de la cueva muy alejada de las dos entradas y a la que no llega la luz del exterior. Además, para acceder a ella es necesario atravesar pasos angostos y salvar un desnivel relativamente importante^[1]».